
ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Francia.—La tienda del Rey de Francia.

Entran CONSTANZA, ARTURO y SALISBURIA.

CONST. ¡Que se van á casar! ¡Que harán las paces!
¡Falsa sangre con falsa sangre unida!
¡Que á hacerse amigos van! ¿Será posible?
¿Luis unido á Blanca? ¿Y Blanca suyas
Á estas provincias llame? No lo creo.
Oíste mal. Estás equivocado.
No puede ser. Repíteme tu historia;
Que en ti no debo confiar confío.
Tus frases no son más que el vano aliento
De un cualquiera. Te digo ingenuamente
Que no te creo. Tengo la palabra
De un Rey que me asegura lo contrario.
Castigado serás por asustarme.
Postrada estando, todo me amedrenta.
Todo ¡tanto he sufrido! me amedrenta,
A una viuda todo la amedrenta,
Una mujer de poco se amedrenta.
Y aunque me digas ya que fué una broma,

Serenidad mi espíritu angustiado
 No podrá conseguir, y todo el día
 Lo pasaré temblando y recelosa.
 Al mover la cabeza de ese modo,
 ¿Qué me das á entender? ¿Por qué diriges
 Miradas de piedad al hijo mío?
 ¿Por qué oprimes tu pecho con la mano?
 ¿Por qué á tus ojos lágrimas se agolpan
 Cual río desbordándose del cauce?
 ¿Estos síntomas tristes, por ventura,
 Confirman tus palabras? Pues entonces
 Repíteme—no todo tu relato—
 Una palabra nada más, que es cierto.

SALIS. Tan cierto, como es cierto que vos misma
 Falsos juzgáis á quienes dan motivo
 Para pensar que lo que digo es cierto.

CONST. Si á conocer tal pena me enseñaste,
 Enséñale también á darme muerte,
 Y que mi convicción y mi existencia
 Cual dos desesperados furibundos
 Caigan y mueran al primer encuentro.
 ¡Lüis unió á Blanca! ¿Dónde, niño,
 Entonces estás tú? ¿Con Inglaterra
 Ya Francia en paz! ¿Y á mí qué me sucederá?
 Huye, huye de aquí. Ni verte quiero.
 En monstruo tales nuevas te transforman.

SALIS. ¿Qué otro daño, señora, haceros pude
 Sino el daño contar que otros os hacen?

CONST. Pero ése es daño en sí tan espantoso,
 Que me hace odiar á lo que de él me habla.

ART. Cálmate, te lo ruego, madre mía.

CONST. Fueras tú que me dices que me calme
 Deforme; fueras feo, y las entrañas

De tu madre ultrajases; si tuvieras
 Teñida piel, ó manchas asquerosas,
 Cojo fueras, imbécil, jorobado,
 O negro, ó monstruoso, ó recubierto
 De verrugas te vieras, ó postillas,
 No me importara, no. Me resignara.
 Tal vez no te quisiera, ni tampoco
 Correspondieras á tu gran alcurnia,
 Ni de un Rey merecieras la corona.
 ¡Mas eres tan hermoso, niño mío!
 Desde tu natalicio, la fortuna
 Y la Naturaleza se juntaron
 A fin de hacerte grande. Rivalizas
 En dotes naturales con el lirio
 Y la entreabierta rosa; pero ¡ay triste!
 La mudable fortuna, seducida,
 De ti se aparta y vive en adulterio
 Constante con tu tío; y con el oro
 Que derrama su mano á Francia induce
 A atropellar respetos que debidos
 A un soberano son, y en su tercero
 Su Majestad constituido queda.
 Del rey Juan de Inglaterra y la Fortuna
 El Rey de Francia es el rufián ahora.
 ¡Oh vil rey Juan! ¡Fortuna cortesana!
 ¡Dime si el Rey de Francia no es perjuro?
 A eso responde tú. Con tu lenguaje
 Envenénalo, ó vete y de tristezas
 Déjate que sufrir debo yo sola.

SALIS. Señora, perdonadme, no podría
 Presentarme sin vos ante los Reyes.

CONST. Si podrás, sí podrás. No voy contigo.
 Aprenderán mis penas arrogancia.

Es altivo el dolor y fortifica.
 De mi dolor acudan á la corte
 Los reyes, por lo tanto; que es tan grande
 Mi dolor, que la tierra enorme y firme
 Tan solamente sustentarlo puede.
 Aquí mi pena y yo nos sentaremos.
 Este mi trono es. Haced que acudan
 Reyes á este lugar á saludarlo.

(Se sienta en el suelo.)

Entran el REY JUAN, el REY FELIPE, LUIS, BLANCA,
 LEONOR, EL BASTARDO, EL ARCHIDUQUE DE AUS-
 TRIA y acompañamiento.

FEL. Es verdad, hija hermosa. Como fiesta
 De hoy más en Francia tan bendito día
 Celebrado será. Solemnizando
 Jornada tan gloriosa, en su carrera
 Se pára el sol; y, haciendo de alquimista,
 Con su mirada esplendorosa cambia
 La húmeda tierra en oro refulgente.
 Será el aniversario de este día
 Considerado siempre cual festivo.

CONST. (Levantándose).
 Cual nefasto, jamás como festivo.
 ¿Qué hizo? ¿Qué merece para darle
 Preferente lugar el calendario
 É imprimirlo con áureos caracteres?
 Antes se debe semejante día
 Borrar de la semana, que de oprobio
 Es día, y de opresión y de perjurio.
 O si ha de subsistir, mujer encinta
 No dar á luz en él á Dios suplique,

No vea con terror nacer un monstruo.
 Naufragio tema en él el navegante;
 Contrato que ese día se celebre
 Cumplido no será. Término aciago
 Tendrá cuanto ese día se iniciare;
 Que aun la verdad se tornará mentira.

FEL. Motivo no tendréis, señora, os juro,
 Que de este día á maldecir os fuerce.
 ¿Mi majestad no os tengo hipotecada?

CONST. Con una majestad me sedujisteis
 De cuño falso, y mérito ninguno
 Se le encuentra al tocarla y contrastarla.
 Os habéis perjurado, perjurado.
 Sangre á verter de opositores míos
 Aquí en armas vinisteis; pero ahora
 Los reforzáis con vuestras armas mismas.
 La lucha vigorosa, de la guerra
 El ceño adusto, en amistad afable
 Y en hipócrita paz se han transformado,
 Y nuestra perdición forjó la liga.
 ¡Cielo, á las armas; á las armas, cielo
 Contra perjuros reyes! Los clamores
 Oye de una viuda. Sé mi esposo,
 ¡Oh cielo! Evita tú que en paz termine
 El curso entero de este infausto día;
 Que antes que el sol trasponga, la discordia
 Entre estos reyes perjurados cunda:
 ¡Escucha, escucha, cielo, mi plegaria!

ARCH. Paz, paz, señora.

CONST. Guerra, guerra pido.

Nada de paz. La paz estimo guerra.
 ¡Oh Limoges! ¡Oh Austria! ¡Tu despojo
 Sangriento cuál difamas! Vil esclavo,

Misérrimo cobarde, tan pequeño
 En ánimo cual grande en villanía,
 Que siempre estás del lado del más fuerte,
 De la Fortuna campeón, pues luchas
 Cuando está de buen temple esa señora
 Y de ella logras que te ponga á salvo.
 Perjuro eres también, y al grande adulas.
 ¡Qué imbécil fuiste tú, patente imbécil,
 Brindándote, jurando y pateando,
 A defenderme! Esclavo sin entrañas,
 ¿En mi favor no hablaste como trueno?
 ¿No me juraste ser soldado mío?
 ¿Que confiara en ti no me dijiste,
 Y en tu estrella, tu suerte y fortaleza?
 ¡Y te seducen hoy mis enemigos!
 ¡Y una piel de león te galardona!
 Quítala, por pudor, de esas espaldas,
 Y cuélgate la piel de una ternera.

ARCH. ¡Que esas palabras me dijera un hombre!

BAST. Y cuélgate la piel de una ternera.

ARCH. No osarías, villano, repetirlo.

BAST. Y cuélgate la piel de una ternera.

JUAN. No está eso bien. Te olvidas de ti propio.

FEL. El Legado del Papa se aproxima.

Entran el cardenal PANDOLFO y séquito.

PAND. Del cielo ungidos diputados, salve;
 Santa misión á vos, rey Juan, me encargan.
 Pandolfo soy, de la ciudad hermosa
 De Milán cardenal, y cual legado
 Yo del papa Inocencio me presento.
 ¿Por qué, os pregunto en su sagrado nombre,

Contra la Iglesia, nuestra santa Madre,
 Tan altivo os mostráis y tan rebelde,
 Que á Esteban Langton, arzobispo electo
 De Canturburia, le negáis que tome
 Posesión de esa Sede sacrosanta?
 En nombre, pues, del dicho nuestro santo
 Padre el papa Inocencio, contestadme.

- JUAN. ¿A qué poder terrestre concedido
 Le es pretender que la palabra libre
 De un sacro soberano se someta
 A un interrogatorio semejante?
 Ni podéis, Cardenal, buscar un nombre
 Más fútil, más ridículo, más vano,
 Ni que me obligue menos que el del Papa.
 Contadle lo que digo, y de la boca
 De Inglaterra añadidle lo siguiente:
 Que ningún italiano sacerdote
 Diezmo ó contribución en mis dominios
 Recibirá jamás; y pues que jefe
 En ellos soy, del cielo con la ayuda,
 Con el favor de Dios, en donde reino
 Trato de mantener supremacía,
 Sin que mano ninguna me auxilie.
 Esto al Papa decid. Ni más ambages
 Con él empleo, ni el poder que usurpa.
- FEL. ¡Rey de Inglaterra, hermano, blasfemasteis!
- JUAN. Aunque seáis, como los reyes todos
 De cristianos países, gobernado
 Por ese sacerdote entrometido,
 La maldición temiendo que rescata
 Quizás el oro, y que podáis, acaso,
 Con ese vil metal, heces y escoria,
 Corrompido perdón comprar á un hombre,

Venta en que su perdón no más os vende;
 Y aunque vos fomentéis, como los otros
 Que están tan torpemente subyugados,
 Con dinero esa farsa hechiceresca,
 Yo solo, solo, al Papa yo me opongo,
 Y juzgo á sus amigos enemigos.

PAND. Con el poder legal que me reviste,
 Entonces os maldigo y excomulgo,
 Y bendito será quien se os oponga,
 Negándole á un hereje su obediencia;
 Y alabado será, canonizado,
 Ensalzado cual santo, quien lograre,
 De cualquiera manera que pudiere,
 Arrebatáros vuestra odiosa vida.

CONST. ¡Ah! Permitid, entonces, que con Roma
 También yo pueda maldecir un rato;
 Y «Amén» decid, oh Cardenal, oh padre,
 Al oír mis fervientes maldiciones.
 Sin conocer mis cuitas, lengua alguna
 Lo puede maldecir como es debido.

PAND. Para mi maldición, señora, tengo
 Poder y autoridad.

CONST. Y yo igualmente.
 Cuando la ley no sabe hacer justicia,
 No le es dado oponerse á la violencia.
 La ley su reino arrebató á mi niño,
 Porque quien tiene en su poder el reino
 Tiene la ley también, y, por lo tanto,
 Si la ley se convierte en injusticia,
 ¿Cómo puede evitar mis maldiciones?

PAND. Rey Felipe de Francia, vuestra mano
 De ese archihereje separad, so pena
 De excomuni6n. De Francia el poderío

- Caiga sobre él si á Roma no se rinde.
- LEON. ¿Palidecéis acaso, Rey de Francia?
No le soltéis la mano.
- CONST. De eso cuida,
Lucifer, tú. No vaya penitente
Esa mano á soltar, y los infiernos
Pierdan acaso un alma.
- ARCH. Rey Felipe,
Oid al Cardenal.
- BAST. Y colocadle
Una piel de ternera á las espaldas.
- ARCH. Bueno, rufián, es fuerza que soporte
Estas ofensas, pues.....
- BAST. Tus calzas pueden
Soportarlas muy bien.
- JUAN. ¿Cómo contesta
Felipe al Cardenal?
- CONST. ¿De qué otro modo
Que con el Cardenal conforme estando?
- LUIS. Medita, padre. El anatema fiero
De Roma, de una parte te amenaza;
Y de otra parte, el sacrificio leve
De que no llames á Inglaterra amiga:
Escoge el mal menor.
- BLANC. El anatema
De Roma, pues.
- CONST. Luis, tened carácter,
Porque el demonio os tienta bajo forma
De esposa ricamente ataviada.
- BLANC. No es la piedad lo que á Constanza impulsa;
Es su interés no más.
- CONST. Si reconoces
Que á mí me mueve el interés, que sólo

Por haber muerto la piedad existe,
 Esta verdad de mi interés resulta:
 Que si á la vida la piedad tornara,
 Al punto mi interés perecería.
 ¡Ah! surja la piedad, y en ese caso
 Morirá mi interés. Pisoteadla,
 Y enhiesto mi interés veréis entonces.

JUAN. Se ha conmovido el Rey; nada contesta.

CONST. De él separaos; responded cual bueno.

ARCH. Sacudid, rey Felipe, vuestras dudas.

BAST. Tú, tu piel de ternera, botarate.

FEL. Perplejo estoy; ni acierto á dar respuesta.

PAND. ¿Mayor perplejidad causar no os debe
 Veros excomulgado y maldecido?

FEL. ¡Oh digno padre! En mi lugar poneos,
 Y de qué modo obrarais indicadme.
 La mano de este Rey con esta mía
 Há poco se estrechó. Con ese choque
 Nuestras almas se unieron, se casaron,
 Encadenaron y acoplaron. Ambas,
 Con la fuerza y la fe de un juramento.
 El hálito postrero que exhalamos
 En forma de palabras fueron votos
 De fe profunda, de amistad sincera,
 De cariño y de paz entre ambos reinos
 Y entre nosotros mismos. Poco rato
 Antes de tregua tal, momentos antes,
 Pues apenas el tiempo más preciso
 Tuvimos de lavarnos nuestras manos
 Y estas paces sellar, embadurnadas,
 Fieramente teñidas—Dios lo sabe—
 De la matanza estaban con la brocha,
 Pues el rencor de apasionados reyes

Pintaba allí su bárbara contienda;
 ¿Y ahora estas manos que de sangre han sido
 Depuradas há poco, que se unieron
 Con cariño recíproco há un instante,
 Tienen que desunir tan dulce lazo?
 ¿Tira y afloja ser la fe jurada?
 ¿De este modo burlarnos de los cielos?
 ¿Portarnos como niños caprichosos?
 ¿Separar con violencia nuestras manos?
 ¿De nuestra fe abjurar, y horda sangrienta
 De la paz sobre el tálamo risueño
 Poner en marcha, la serena frente
 De un cariño sincero perturbando?
 ¡Oh santo padre! ¡Oh padre reverendo,
 Esto evitad! Invente vuestra gracia,
 Ordene, imponga obligación más fácil,
 Que os satisfaga y mi amistad mantenga.

PAND. Cualquier forma es deforme, cualquier orden
 Desorden es, excepto lo que fuere
 A la amistad con Inglaterra opuesto.
 Por lo tanto, ¡á las armas! De la Iglesia
 Ó sois el campeón, ú os lanza al punto
 Su anatema la Iglesia, nuestra Madre.
 Es de una Madre á su rebelde hijo
 La maldición. Podéis, oh Rey de Francia,
 Coged primero de la lengua al áspid,
 De la zarpa al león exasperado,
 Al famélico tigre del colmillo,
 Que en paz la mano que tenéis asida.

FEL. Me es fácil desprenderme de esta mano,
 Pero no de mi fe.

PAND. De esa manera
 Vuestra fe de la fe será enemiga.

Guerra civil fomentaréis un voto
Oponiendo á otro voto, y vuestra lengua
Va vuestra lengua á desmentir. Primero
Cumplid el voto que primero hicisteis,
El de ser campeón de nuestra Iglesia.
Lo que después jurasteis, lo jurasteis
Contra vos mismo, y no podéis vos mismo
Llevarlo á cabo. El mal que hacer jurasteis,
No haciéndolo hacéis bien. Si al mal conduce
El hacer, el no hacer es lo oportuno.
Es noble yerro renegar de un yerro;
Que esto, aunque en dirección torcida vaya,
Lleva al camino recto nuevamente.
A la falsía cura la falsía,
Cual fuego al fuego de abrasadas venas.
La religión impone nuestros votos;
Contra la religión habéis jurado
Jurando contra aquello que jurasteis,
Y hacéis á un juramento que responda
De vuestra fe contra otro juramento.
El que en favor de fe dudosa jura
Sólo puede jurar no ser perjuro;
Que el jurar de otro modo burla fuera.
Perjuro un juramento, pues, os hace,
Y más perjuro aún si lo jurado
Pretendiérais cumplir, porque ese voto,
Contra aquel voto que primero hicisteis,
Es en vos rebelión contra vos mismo.
Mas la conquista alcanzaréis armando
Cuanto haya en vos de más constante y noble
Contra esas miserables asechanzas.
Para auxiliarnos mis consejos llegan.
Si los queréis oír. Si no, sabedlo,

- Cuando interés tan grande os solicita.
- PAND. Caerá mi maldición sobre su frente.
- FEL. No ha de ser. Inglaterra, te abandono.
- CONST. ¡Oh retorno feliz de un rey proscripto!
- LEON. ¡Oh deserción de la inconstante Francia!
- JUAN. Rey de Francia, tendréis de la hora esta
Que arrepentiros esta misma hora.
- BAST. El tiempo, ese vetusto relojero,
Ese caduco enterrador, ¿lo quiere?
Pues ya tendrás que arrepentirte, Francia.
- BLANC. Camina el sol cubriéndose de sangre.
Adiós, hermoso día. ¿Mi camino
Hacia qué lado va? Me hallo con ambos.
Cogida ambos ejércitos me tienen
Cada cual de una mano, y furibundos
A mí asidos, girando, me destrozan.
No puedo, esposo, desear que ganes.
Tío, forzoso me es pedir que pierdas.
Padre, suerte feliz no te deseo,
Ni, abuela, que se cumpla lo que pides.
Gane quienquiera, á mí perder me toca,
Pues antes que se juegue la partida
Es para mí la pérdida segura.
- DEL. Ligada á mí, señora, está tu suerte.
- BLANC. En donde está mi suerte está mi muerte.
- JUAN. Que se unan, sobrino, nuestras tropas.

(Vase el Bastardo.)

- Rey de Francia, me quema ardiente furia,
Furia que en mí de tal manera arde,
Que con sangre extinguir se puede sólo:
Con la sangre de Francia más preciosa.
- FEL. Consumido os veréis por esa furia,

Quedaréis en cenizas convertido
Sin que ese fuego nuestra sangre apague.
Mirad por vos. Riesgo corréis.

JUAN. El riesgo
Es igual para entrambos. ¡A las armas!

(Vanse por distintos lados los Reyes de Francia y de Inglaterra, etc., etc.)

ESCENA II.

Llanura cerca de Angers.

Toqué de alarma.—Movimiento de tropas.

Entra EL BASTARDO con la cabeza del Archiduque.

BAST. Ardiente ¡vive Dios! se pone el día.
Genio sutil, cerniéndose en los aires,
Calamidades sobre el suelo llueve.
Austriaca cabeza, aquí te dejo
Mientras Felipe respirando siga.

Entran el rey JUAN, ARTURO y HUBERTO.

JUAN. Huberto, cuidarás de este muchacho.
Felipe, terminemos. Atacada
Fué en mi tienda mi madre, y prisionera
Mé temo esté.

BAST. Señor, la he rescatado;
Nada temáis, que en sitio está seguro.
Pero ¡adelante! Con escaso esfuerzo
Terminará con gloria la jornada.

ESCENA III.

Otra parte del llano.

Toque de alarma.—Movimiento de tropas.—Retirada.

Entran el rey JUAN, LEONOR, ARTURO, EL BASTARDO,
HUBERTO y NOBLES.

JUAN. (A Leonor.) Así será. Quedad á retaguardia
Con esta fuerte escolta. (Á Arturo.) No tan
[triste,

Sobrino, estés. Tu abuela bien te quiere,
Y tu tío será para contigo
Tan cariñoso cual lo fué tu padre.

ART. Esto á mi madre matará de angustia.

JUAN. (Al Bastardo.)

Hacia Inglaterra parte de seguida.
Tú me precederás, y antes que llegue
Debes cuidar de sacudir las bolsas
De pródigos abades, y que salgan
De su cárcel los ángeles ahí presos.
De la paz los robustos costillares
Hoy van á alimentar á los hambrientos.
Amplios poderes para el caso llevas.

BAST. Campana, cirio ni misal me atajan,
Como el oro y la plata me espoleen.
Adiós, señor. He de rezar, abuela,
Si alguna vez me ocurre ser devoto,
Por vuestro bien, y así bésoos la mano.

LEON. Vete, nieto, con Dios.

JUAN. Adiós, sobrino.

(Vase el Bastardo.)

LEON. Ven, nietecito, una palabra escucha.

(Llévase á Arturo aparte.)

JUAN. Huberto, ven aquí. Querido Huberto,
Te debo mucho. En mi envoltorio humano
Un alma existe que acreedor te llama,
Y con creces tu amor pagar pretende.
El juramento, caro amigo mío,
Que libremente hiciste, atesorado
Lo tengo en este pecho cariñoso.
Dame tu mano, pues. Iba á decirte.....
Pero en otra ocasión mejor sería.
Huberto, pongo al cielo por testigo—
Tengo casi vergüenza de enunciarlo:
Tan grande es el respeto que me inspiras.

HUB. Á Vuestra Majestad debo yo mucho.

JUAN. Aun no tienes razón para decirlo;
Mas, buen amigo, la tendrás; por poco
Que corra el tiempo, llegará la hora.....
Algo tenía que decir, mas pase.
Alto está el sol, y el orgulloso día,
De mundanos placeres escoltado,
Harto frívolo es y harto repleto
Está de bagatelas para oírme.
Si la campana de la media noche
Con su bronceína boca y férrea lengua
La una anunciara al soñoliento oído;
Si este lugar un cementerio fuese;
Si que vengar tuvieras mil agravios;

Si ese genio feroz, la hipocondría,
 Hiciera hervir la sangre y la espesara,
 Que de otro modo titilando corre
 Por nuestras venas desde arriba abajo,
 Á ese imbécil, la risa, compeliendo
 Á que en los ojos de la gente asome,
 Y á que con las mejillas contraídas
 Jovialidad estúpida demuestre—
 Pasión á mi propósito contraria;—
 Ó si tú me pudieras ver sin ojos,
 Oirme sin oídos, contestarme
 Sin lengua, y con tan sólo el pensamiento,
 Sin ojos, sin oídos, sin palabras;
 Entonces, á pesar de ser de día,
 En tu pecho vertiera mis ideas;
 Mas, ¡ah! no lo he de hacer; pero te quiero,
 Y creo ¡vive Dios! que tú me quieres.

HUB. Tanto, que lo que vos gustéis mandarme
 Lo he de hacer aun á costa de mi vida.

JUAN. ¡Como si no supiera que lo harías!
 ¡Huberto, Huberto, buen Huberto, lanza
 Una mirada sobre aquel muchacho!
 Amigo caro, confesarte debo
 Que es serpiente fatal en mi camino,
 Y donde quiera que mi pie se posa
 Allí en acecho está. ¿Me comprendiste?
 Bajo tu guarda está.

HUB. Y he de guardarlo
 De modo que no ofenda á Vuestra Alteza.

JUAN. La muerte.

HUB. ¿Qué, señor?

JUAN. Una mortaja.

HUB. Morirá.

JUAN. Basta. Júbilo podría
 Ahora mismo mostrar. Te quiero, Huberto,
 Y lo que pienso hacer por ti me callo.
 Acuérdate.—Quedad con Dios, señora.
 Mandaré á Vuestra Alteza los poderes.

LEON. Mi bendición te alcance.

JUAN. Tú, sobrino,
 Vas á Inglaterra. Huberto es la persona
 Que de ti cuidará. Cual corresponde
 Cumplirá su deber. ¡A Calais! ¡Prestol

(Vanse.)

ESCENA IV.

Francia.—La tienda del Rey de Francia.

Entran el REY FELIPE, LUIS, PANDOLFO
 y acompañamiento.

FEL. En los mares, borrasca tremebunda
 Una armada completa ha dispersado,
 Y unas de otras separó sus naves.

PAND. Todo irá bien. ¡Valor y confianza!

FEL. ¿Qué puede ir bien después de tal fracaso?
 ¿No hemos sido vencidos, y perdida
 Angers no está, y Arturo prisionero,
 Muertos muchos amigos, y embarcarse
 No ha logrado el Inglés para Inglaterra
 La oposición de Francia despreciando?

LUIS. Lo que ganó fortificó, tan pronto,
 Con tanta habilidad, con tanto orden,
 A pesar de una lucha tan furiosa,

Que de ello no hay ejemplo. ¿Quién ha oído
Ó leído de cosa semejante?

FEL. Pudiera soportar que se celebre
De este modo á Inglaterra si un ejemplo
Hallase equivalente á nuestro óprobio.
¡Mirad quién llega! El ataúd de un alma
Que al eternal espíritu detiene
Contra su voluntad, y lo aprisiona
En la cárcel cruel de su amargura.

Entra CONSTANZA.

Señora, os ruego que vengáis conmigo.
CONST. No. Ni pido consejos ni consuelo;
Lo que termina los consejos todos,
Eso no más: el único consuelo,
Morir, morir. ¡Oh grata y dulce muerte,
Perfume infecto, sana podredumbre!
Deja tu lecho nocturnal y eterno,
Odio y terror de quien feliz se halla;
Ven, besaré tus huesos detestados;
Pondré en tus huecas órbitas mis ojos,
Y anillos tus gusanos familiares
Serán para mis dedos. De mi aliento
El paso atascará tu polvo inmundado,
Y esqueleto seré cual tú medroso.
Ven. Gestéame tú. Que te sonrías
Creeré, y te besaré cual tierna esposa.
¡Oh amor del desdichado, ven te pido!
FEL. Bella affligida, calma.

CONST. No. No quiero
Mientras que vida para hablar tuviere.
¡Ah! Pudiera poner la lengua mía

En la boca del trueno, ¡cuán violenta;
 Al mundo provocando, despertara
 De su estupor á ese esqueleto horrendo,
 Que voz de débil dama desatiende
 Y una modesta invocación desdeña!

PAND. Eso es locura y no dolor, señora.

CONST. Santo varón no sois al calumniarme.
 Loca no estoy. Me arranco este cabello,
 Y sé que es mío. Llámome Constanza,
 Mujer que fué de Godofredo esposa.
 Es Arturo mi niño, y lo he perdido.
 No estoy loca. ¡Ojalá que lo estuviera!
 Acaso me olvidara de mí propia.
 ¡Y de cuánto dolor no me olvidara!

Predicad, Cardenal, filosofía
 Que enloquezca, y seréis canonizado,
 Porque, no estando loca y sí sensible
 Al dolor, de mi sér lo razonable
 Me indica el cómo remediar mis penas,
 Y dice que me mate ó que me cuelgue.
 De mi hijo, estando loca, me olvidara;
 Ó á mi hijo imaginara, en mi demencia,
 Un muñeco de trapos. No estoy loca.
 Harto bien, harto bien estoy sintiendo
 De mi dolor las múltiples angustias.

FEL. Recoged esas trenzas. ¡Oh, qué encanto
 Hay en esa reunión de sus cabellos,
 Sobre los cuales lágrima argentina
 Ha caído al azar! Pero á esa gota
 Diez mil fibras amigas se han unido
 Participando en su dolor. Leales,
 Inseparables, caras compañeras
 Que estrechan su amistad en la desgracia!

CONST. ¡A Inglaterra, si os place, encaminaos!
(Arrancándose el cabello.)

FEL. Recoged vuestras trenzas.

CONST. Sí, por cierto.

Pero ¿por qué razón? De su atadura
Al soltaros, grite: «¡Del mismo modo
Redimieran mis manos á mi hijo
Como dan libertad á estos cabellos!»
Mas de su libertad ya tengo envidia;
Y me decido á atarlos nuevamente,
Porque está prisionero el hijo mío.
Y, padre Cardenal, vos me dijsteis
Que reconoceremos en el cielo
Á los que amamos; y si cierto fuese,
He de volver á verlo de seguro,
Y ni desde Caín, primer nacido,
Hasta él, que ayer mismo respiraba,
Ha existido criatura más hermosa.
Mas el gusano del sufrir hoy roe
Mi acapullada flor, de sus mejillas
Ahuyentando la ingénita belleza.
La delgadez ya ostenta de un espectro,
La lividez sombría de la fiebre;
Y así se va á morir, y cuando vaya
Resucitado á la celeste corte,
No lo he de conocer al encontrarlo;
Y así, jamás, jamás podré yo nunca
Tornar á ver á mi precioso Arturo.

PAND. Respeto atroz vuestro dolor os causa.

CONST. Hijo no tuvo quien así predica.

PAND. Cual el hijo el dolor os enamora.

CONST. Es el dolor lo que el espacio llena

De mi hijo ausente, quien su lecho ocupa,
 Quien va y viene conmigo á todas partes,
 Quien su expresión graciosa reproduce,
 Quien me está repitiendo sus palabras,
 Quien llena con su forma sus vestidos,
 Y sus múltiples gracias me recuerda.
 Para amar al dolor motivos tengo.
 Pasadlo bien. Si pérdida tan grande
 Tuvierais vos cual la que yo he tenido,
 Mejor que vos á mí, yo os consolara.
 Adornos no soporta mi cabeza

(Desatándose el cabello.)

Cuando desorden tal reina en mi mente.
 ¡Ay Dios! ¡Arturo, hijo! ¡Niño hermoso!
 ¡Mi vida, mi delicia, mi alimento!
 ¡De mi viudez sostén! ¡Mi todo el mundo,
 Y la cura de todos mis pesares!

(Vase.)

FEL. Me temo una desgracia. Voy tras ella.

(Vase.)

LUIS. Nada en el mundo ya me da contento.
 La vida se me hace tan pesada
 Cual cuento repetido varias veces
 Del hombre soñoliento en los oídos.
 Vergüenza amarga estropeó de modo
 Las dulzuras del mundo, que amargura
 Y vergüenza tan sólo paladeo.

PAND. Al sacudirse enfermedad aguda,
 En el momento mismo de la crisis,
 El ataque es más fuerte. Nuestros males.

- Hostiles al marcharse se presentan.
- ¿Qué habéis perdido con lo que hoy perdís?
- LUIS. Días de gloria, dicha y alegría. [teís?
- PAND. Ganando los perderiais fijamente.
- ¡Ah, no! Si la fortuna al hombre intenta Favorecer, lo mirará con ceño.
- Maravilla pensar cuánto ha perdido El Rey Juan con aquello que él estima Absoluta ganancia. ¿No os da pena Considerar á Arturo prisionero?
- LUIS. Como placer á aquel que lo ha apresado.
- PAND. Joven cual vuestro cuerpo es vuestra mente. Con profética voz dejad que os hable, Que el hálito no más de mi discurso Cada paja ó partícula de polvo Barrerá, y el obstáculo más leve Del sendero que rectamente os guía Hasta los pies del trono de Inglaterra. Atended, por lo tanto, á lo que os digo. Juan ha apresado á Arturo, y no es posible Que mientras en las venas de ese infante Sangre ardiente circule, que una hora, Un minuto, ni un hálito siquiera, Juan, ese usurpador, tenga de calma. Cetro que arrebató mano atrevida, Tan rudamente como fué ganado Ha de ser mantenido, y quien se encuentra En donde es fácil resbalar, no tiene Reparo en lo más vil de asegurarse. Para que Juan se tenga, es necesario Que Arturo caiga sin remedio alguno. Por lo tanto, es preciso que suceda.
- LUIS. ¿Pero qué gano yo cayendo Arturo?

- PAND. En el nombre de Blanca, vuestra esposa,
Reclamáis lo que Arturo reclamaba.
- LUIS. Y eso y la vida, como Arturo, pierdo.
- PAND. ¡Cuán inocente sois y cuán novicio
Os hallo para mundo tan vetusto!
Quien su seguridad en noble sangre
Sumerge, vil seguridad sangrienta
Tañ sólo encontrará. La infame hazaña
Los corazones de su gente toda
Enfriará y helará todo su cielo,
Y será lo más leve que perturbe
Su reinado por ellos acogido.
Y no habrá exhalación en el espacio,
Ni natural fenómeno ninguno,
Ni día destemplado ni ventoso,
Ni suceso vulgar, que no separen
De su ingénita causa, y consideren
Meteoro, señal, prodigio, aborto,
Presagio ó voz del cielo, que denuncia
Sobre él claramente su venganza.
- LUIS. De ese joven Arturo á la existencia
Quizá no atentará, porque seguro
Se estime con tenerle prisionero.
- PAND. Cuando sepa, oh señor, que de él en busca
Marchado habéis; si, por acaso, Arturo
No ha muerto aún, en ese instante muere.
Los corazones de su pueblo entonces
De él se separarán, y de un peligro
Que no conocen besarán los labios;
Y extraerán de la punta de los dedos
Sangrientos del rey Juan fuertes razones
Que su rebelde furia justifiquen.
Ya de pie contemplar se me figura

Esta revolución. ¿Qué circunstancias
Mejores para vos que las que indico?
Falconbrigia, el bastardo, en Inglaterra
Ahora está las iglesias saqueando
Y ofendiendo la fe. Si hubiera sólo
Allí media docena de franceses
En armas, cual reclamo llamarían
Diez mil ingleses á la parte suya;
Ó, como exigua cantidad de nieve,
Rodando formaría una montaña.
Noble Delfin, venid y al Rey veamos.
Extraordinario es cuánto partido
De sus discordias alcanzar se puede,
Ahora que están repletos de disgustos.
¡A Inglaterra! Aguzar al Rey me incumbe.
LUIS. Vámonos, pues. En poderosas obras
Transfórmense fortísimas razones.
Decid que sí, y el Rey no os dirá nones.